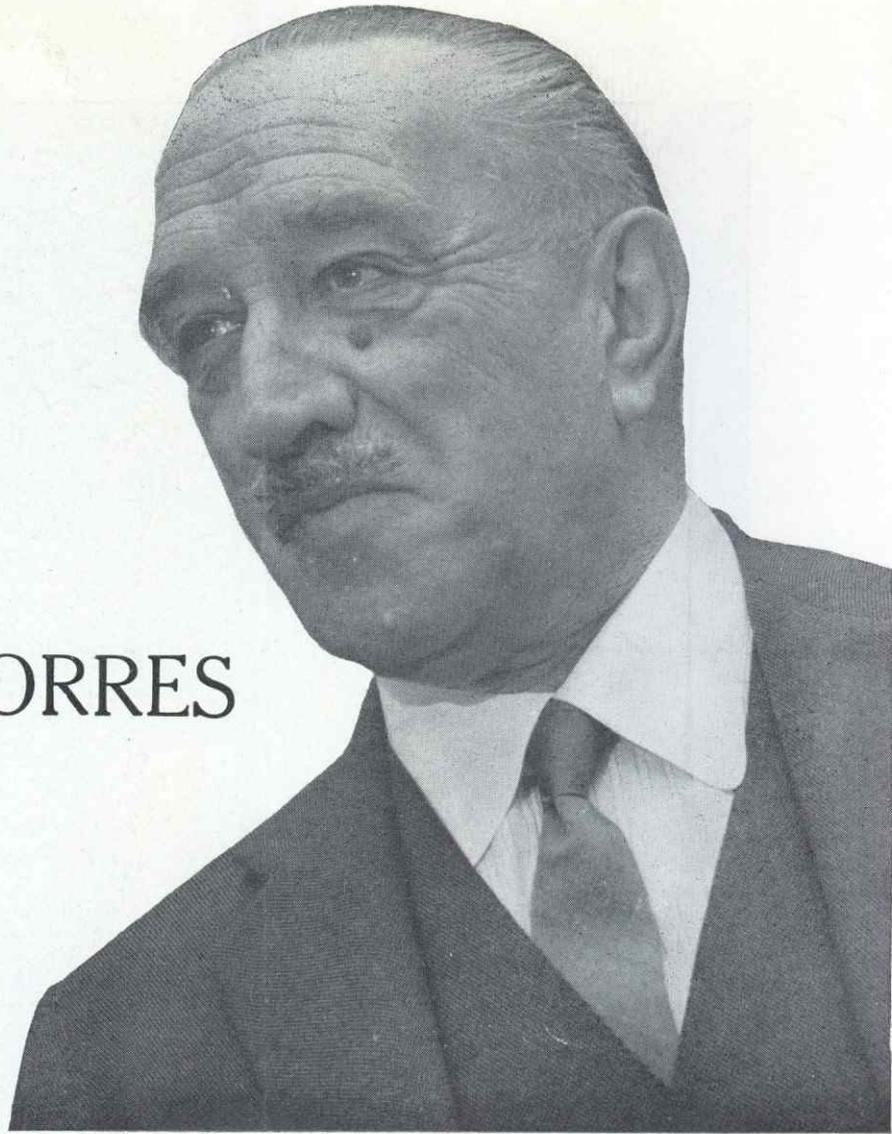


CONVERSACION CON EL

BARON DE LAS TORRES

Por MARIANO GOMEZ-SANTOS



El perfil del Barón de las Torres lo hemos visto siempre con el fondo nobilísimo de un gran tapiz. Así aparece también en su casa madrileña de la calle de Claudio Coello, donde está quieta una época señorial y amable de la vida española, cuando aún no se hablaba de lo funcional.

Tibores chinos. Veladores de laca. Cajas de plata y esmaltes, dedicadas por ministros y jefes de Estado. Retratos firmados por el Generalísimo Franco, la Reina Federica de Grecia, los Reyes de Bélgica...

Don Luis Álvarez de Estrada y Luque, Barón de las Torres, es un madrileño de los de antes de la guerra. Sus importantísimos cargos, la vida de sociedad en el extranjero y el continuo trato con los principales personajes que han dirigido los destinos del mundo, no han logrado adulterar su casticismo natural. Habla con humildad de sus misiones; se refiere con respeto sumo a los personajes con los que ha tenido trato a lo largo de su vida diplomática; mantiene en todo momento una discreción sagrada, por mucha intimidad que pueda tener con aquel que le pregunta. En fin, un caballero español.

—¿Cómo ve usted el panorama de su niñez?

—Pues mire, muy tranquilo. Nací en Madrid el 13 de junio de 1894, día de San Antonio. No fui al colegio. Tuve una institutriz francesa desde los cuatro años y luego hice el bachillerato en Madrid, aprobando los seis cursos en cuatro. De los catorce a los diecisiete estuve en Inglaterra, primero en un colegio y luego en la Universidad de Cambridge.

El Barón regresa a Madrid en 1911. Durante su ausencia algo había ocurrido en la capital: las obras de la Gran Vía comenzaban después de la firma histórica del Rey. Se expropiaban 352 fincas, desaparecían 19 y habían de reformarse 32.

En ese Madrid en obras estudia la carrera. Pasa por la Universidad Central, en la que estudió Menéndez Pelayo, y tres años después termina los estudios.

—En 1915 ya había hecho la oposición y estaba dentro de la carrera diplomática. Inmediatamente fui destinado a Berlín, como agregado a la Embajada, y allí pasé la primera guerra mundial. Volví a España en el mes de abril de 1919 y fui destinado al Ministerio, en el Gabinete de Cifra, hasta que a finales de año salí para Holanda como tercer secretario de la Legación de España.

—¿Qué recuerda de su estancia en Inglaterra?

—Coincidieron aquellos años que pasé allí con la muerte de Eduardo VII y con la coronación de Jorge V. De ese momento, lo más importante que presencié fue la revista naval con motivo de la coronación de Jorge V, que me pareció impresionante. También estaba yo en Inglaterra cuando los vuelos de Vedrines en aquel que se llamó el circuito de Europa.

El Madrid que recuerda el Barón de las Torres era simpático y agradable.

—Tendría entonces de seiscientos a setecientos mil habitantes. Había muy pocos automóviles, y los «simones» que pululaban por las calles se alquilaban por 2,50 a la hora. La vida era muy bonita; la gente iba muy vestida; se asistía a las carreras de caballos con sombrero de copa...

—¿Pero no era una vida menos confortable?

Nos dice el Barón de la Torres que sería menos confortable —no existía baño en las casas—, pero que, no obstante, era una vida feliz.

—La gente tenía mucho menos dinero, pero estaba muy contenta.

Después de la Gran Guerra, Madrid tomó un ritmo más cosmopolita.

—Hay que decir, por ejemplo, que las funciones del Teatro Real en Madrid se podían comparar en lujo con las mejores



que hubiera en Viena, porque tenía una categoría realmente sensacional.

A los veintiséis años el Rey don Alfonso XIII concedió al Barón de las Torres la llave de Gentilhomme de Cámara con ejercicio.

—¿Cuándo vio por primera vez al Rey?

—Cuando yo tenía diez años, que fue a la finca de mi abuelo. Era el Rey muy amigo de un hermano de mi madre y en aquella ocasión fue a visitarle y a tirar unas perdices. Esa finca está a siete kilómetros de Alcalá de Henares y hoy es propiedad del Estado. A los veintiséis años me concedió el Rey esa distinción tan agradable, y después le he estado viendo ya continuamente. Como era socio del Tiro de Pichón, solía verle allí, aparte de que oficialmente fuera recibido en audiencia dos o tres veces al año.

Hablamos ahora de los momentos más importantes en sus primeros destinos fuera de España. El Barón de las Torres habla de Alemania, adonde fue enviado en plena Gran Guerra.

—Hacia once meses que había comenzado la contienda. Siempre produce impresión llegar a un país en guerra. Yo recuerdo perfectamente cuando estuve en

la estación de Berlín en el momento en que se despedía al embajador americano. Era en febrero de 1917. Alemania y los Estados Unidos habían roto las relaciones diplomáticas por la cuestión del torpedeamiento sin previo aviso. Hacía mucho frío aquel día. El tren en que iba el embajador partía lentamente de la estación de Berlín, ocupada por las tropas, que presentaban armas.

La vida diplomática en Berlín era muy tranquila, pero de intenso trabajo.

—Comenzábamos el servicio en la Embajada a las ocho menos cuarto y estábamos allí hasta la una y cuarto. Volvíamos a las dos y media o a las tres y salíamos a las siete y media. En aquel entonces España tuvo la protección de veintitrés países. De Rusia, hasta que vino el bolchevismo; de Francia, del Japón, de Bélgica, de Rumania, de los Estados Unidos...

Regresa a Madrid. Gabinete de Cifra, en el Ministerio. Más tarde sale para Holanda.

—Había relativamente poco que hacer allí y la vida resultaba agradable. Europa era como una balsa de aceite después de la posguerra, pues la gente estaba

muy optimista. Porque realmente se produjo aquella sensación después de la Gran Guerra. Sensación de paz y de sosiego. Esto no ha ocurrido al término de la segunda guerra mundial, pues después no ha existido un solo momento de tranquilidad. Repase el mapa: de tres mil en tres mil kilómetros no encontrará usted un lugar donde no existan conflictos.

1922. El Barón de las Torres se casa y es destinado a Hungría, donde permanece tres años. Cacerías, vida de sociedad; Europa sigue tranquila.

—Antes, en 1920, se había creado la Sociedad de las Naciones y yo fui como secretario en la Delegación que componían Quiñones de León, el conde de Jimeno y don Emilio Palacios, que era subsecretario. Asistí a las gestiones de 1920 y de 1921, porque en 1922 me marché a Budapest, donde estuve hasta 1925.

Hasta 1929 permanece en el Ministerio. Entonces, por circunstancias particulares, queda excedente.

—Cuando la Dictadura de Primo de Rivera yo estaba excedente. Y llegó el 14 de abril de 1931. Seguía en mi casa, cuando unos meses después fui separado de la carrera por la República. Fuera me que-

dé hasta que el Generalísimo me mandó llamar a Salamanca en el mes de octubre de 1936. Inmediatamente me envió a Berlín, donde estuve hasta 1938, en que fui llamado nuevamente, entonces a Burgos, para ocupar el puesto que ya tuve siempre, desde 1938 hasta 1964, en que me llegó la jubilación.

Veintiséis años como primer introductor de embajadores. Preguntamos al Barón de las Torres cuáles son los momentos importantes a que puede referirse.

—Desde luego, un momento importante fue la entrevista con Hitler, en la cual actué como intérprete. Allí no jugaba para nada el puesto de Primer Introdutor de Embajadores. (Recuerdo un momento en que tuve que interrumpir al intérprete alemán porque daba una versión inexacta.)

—¿Cuánto duró la entrevista?

—Las entrevistas fueron dos. Fui con el Caudillo en el tren desde San Sebastián a Hendaya. Allí, como el ancho de la vía de ferrocarril es distinto, los dos trenes quedaron en situación paralela. Llegaríamos sobre las tres y cuarto y media hora después comenzaba la primera entrevista Franco-Hitler, que había de terminar una hora y cuarto después. Hubo también muchas entrevistas entre los ministros y a continuación se sirvió una comida en el salón-restaurante del tren de Hitler. La segunda entrevista empezaría a las diez o diez y cuarto y terminó a la una.

Le preguntamos que quién le impresionó más, si Hitler o Mussolini, puesto que también asistió a la entrevista del Generalísimo con el Duce.

—Yo conocía a Hitler antes, cuando estuve en Alemania enviado por el Caudillo. Hitler era una persona que siempre que le llevara usted la corriente estaba afabilísimo; pero como le llevara usted la contraria, era terrible. Mussolini, yo creo que era más humano. Muy espectacular, verdad, pero en el fondo, ya digo que me parece que era más humano. Le gustaba mucho vestir...

Otros momentos dignos de mención harían sumamente extenso este relato; pero el Barón de las Torres se refiere al viaje que realizó acompañando al Caudillo a Portugal en 1949, en tiempo del general Carmona.

—Fue una gran satisfacción y muy agradable aquel viaje, donde el Caudillo tuvo un gran éxito, como tiene en todos los sitios a donde va.

—A lo largo de su vida como diplomático, ¿llegó usted alguna vez tarde? —le preguntamos.

—Pues mire, tengo una fama de puntual verdaderamente extraordinaria, porque a las credenciales no he llegado nunca tarde. Y he presentado 365 credenciales, de las cuales puede usted calcular que más de 200 han sido en carroza. Y le contaré algo anecdótico que se refiere a la presentación de cartas credenciales precisamente. Cuando se volvieron a restablecer las carrozas, en tiempos del señor Lequerica, para calcular bien el tiempo que se empleaba en el trayecto me fui al Hotel Ritz. Esto ocurría en 1944. Quedaba todavía en Madrid un simón de alquiler y yo lo tomé allí, a la puerta del Ritz, diciendo al cochero: «Vaya usted por donde le indico: Paseo del Prado, Alcalá,

Gran Vía, Plaza de España, Bailén hasta Palacio y procure ir al paso». El cochero se me quedó mirando y debió pensar: «Este debe ser un chala». Yo lo hacía para calcular lo que se tardaba. Otros recorridos me los he hecho yo antes a pie, que es como van los palafreneros. Es decir, que yo calculaba lo que se podía tardar, más diez minutos. ¡He llegado siempre a la hora!

—¿No se ha dado el caso de que se le retrasara algún Embajador?

—No; estaba todo organizado. A algunos, eso sí, se les han olvidado las cartas y se han dado cuenta a mitad de trayecto; pero eso siempre está previsto. En la Casa Civil tienen preparado un sobre simbólico, en blanco. Porque la Casa Civil del Generalísimo funciona con una organización perfecta.

Ya cuando vamos a despedirnos, mientras nos acompaña, el Barón de las Torres nos refiere una graciosa anécdota.

—Cierta Embajador, que no diremos a qué país pertenece, vivía en la calle Ferraz. El trayecto que habíamos de seguir era muy corto. Con subir la calle de Bailén estábamos ya en Palacio. Bueno, pues al ir a recogerle a su casa, le encontré tomando una medicina y le pregunté: «¿Es que no se encuentra bien el señor Embajador?» Me respondió: «No, es que estoy tomando unas píldoras para el mareo, porque me han dicho que se mueve mucho la carroza».

En la calle, Madrid tiene un aire prenavideño. Este sector del barrio de Salamanca y la tranquilidad urbana en que está sumido, nos produce la sensación de que siempre es domingo.

